

Licenciado en Biología y profesor de Educación Secundaria. Es, asimismo, estudiante de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad Complutense.

**Manuel Sosa**

(Madrid, España)

Primer Premio del II Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

## **TODO ESTABA DECIDIDO DESDE SIEMPRE**

Cuando me ofrecieron protagonizar este cuento posmoderno, facturas y deudas tomaron por mí la decisión de aceptarlo. Los raíles metaliterarios por los que discurriría mi personaje me disgustaban profundamente, pero desde el año 55 nadie en la Costa Oeste quería en sus libros o guiones a aquellos que llamábamos "nenas" a las mujeres, sabíamos fumar y nos adelgazaba el blanco y negro, así que acepté protagonizar este cuento, no para salir de la cuneta de los personajes olvidados, sino para vaciar mi casa de botellas, llenar la nevera, abrir las ventanas y, sobre todo, cerrar la boca a la casera.



La autora del cuento vivía en Europa por lo que los flecos del contrato entre ambos los recorté con su agente en un club de Santa Mónica. Copa tras copa, me dejé convencer con desgana por su trama de novela negra ambientada en la universidad y por las líneas básicas que la autora esgrimía para mi personaje. Eran obtusas, gastadas, aburridas... me hubiera gustado reprochárselas en cara, pero he de reconocer que gracias a su tinte hollywoodiense me agradaron... Sin embargo, encaramado a mi ego me hice el interesante aparentando una cierta desazón que el agente supo alegrar con otra copa de whisky y la rúbrica de un contrato por el que, pese a las reticencias de la autora desconocida, mi personaje sería también el narrador del relato. A cambio, acepté la cláusula más controvertida de cuantas me planteaban: la narración daría comienzo en el momento de mi muerte y haría de narrador como un personaje muerto. Sepan por tanto que lo estoy... Esperen asesinatos triangulares... Vislumbren estos hechos en blanco y negro...

Mi imagen literaria quedó claramente establecida según la pluma europea de la autora: debía llevar traje oscuro y sombrero, hablar hacia la seducción y el odio y fumar desde el odio y la seducción, hecho que en ningún momento me incomodó, ya que la ciudad y la vida me habían enseñado a no creer en Dios y a hacerlo en el tabaco y la comida de lata... Con todo ello, pretendían alejarme del Bogart seductor ya demasiado gastado al que mi voluntad tendía, para acercarme a un William Holden, cuya pose en blanco y negro se acomodaba mejor a mi divagar como eterno perdedor elegante. Nadie perdía como él, nadie moría como él, casi nadie fumaba como él... La autora quería que fuera un él como profesor universitario y puede que a mí me gustara serlo.





Al entrar en el aula, colgaba el sombrero, sonreía y no para saludar, sino para deleitar a mis alumnas, decía "buenas tardes". Esa era mi función, por simple magnetismo e inaccesibilidad de profesor debía enamorar el tierno corazón suspirante de todas mis alumnas, en cambio, el de aquella a quien yo amaría debía quedar fuera de este hechizo docente. Como casi siempre que desde la tarima se enamora, lo hice como profesor de poesía, en mi caso como profesor de Dante a las alumnas de Filología. La mayor justicia poética de la universidad, me permitía fumar en clase y alternar endecasílabos con intensas caladas; el humo depuraba el ritmo en mi garganta, intensificaba la rima y trasladaba el amor toscano al otro lado del Atlántico. Paraísos, purgatorios e infiernos servían para que la astronómica conjunción de versos y miradas ruborizara a todas esas alumnas californianas de gafas y estética de chicle, a todas... menos a la inquietante distraída de la última fila que por decoro debía haberse llamado Beatriz... No tenía ese nombre, pero sí la belleza de Rita Hayworth sin serlo, la mirada de Barbara Stanwyck sin serlo, la elegancia de Veronica Lake sin serlo y otras bellezas, miradas y elegancias tatuadas en su aura de mujer desgraciada y puñal. A diario, el tintinear on the rocks de sus tacones y un leve "lo siento" interrumpían mi clase. Sentada junto a un mexicano sustituía los apuntes y a Dante por el paso de las estaciones en la ventana y por pensamientos que entristecían su rostro. Estaba claro que él la amaba. Estaba claro que ella no, pero se dejaba amar. Estaba claro que yo la debía amar y ella a mí no. Sin claridad, sus compañeras me amaban entre la atracción y el deseo. Innumerables líneas amorosas jalonaban la clase unidireccionalmente, dirigiéndola viento en popa hacia un fracaso sincero que nuestro querido Dante debió observar con orgullo.



El desarrollo urdido en la trama por la autora europea nos reunió en una tutoría en mi despacho. La no-Beatriz traspasó la puerta con igual dosis de timidez calculada y dominio felino de la atmósfera. Encendió uno de mis cigarros y conquistó el espacio al tiempo que substituyó con maestría el usted por el tú y las dudas sobre poesía italiana por las verdades sobre solterías y noviazgos. Al mexicano lo llamó amigo, a mi ex mujer agua pasada, al whisky que le ofrecí sólo lo llamó por su nombre... Bajo las duras líneas de su traje de chaqueta y su fuego quimérico, yo sólo deseaba una mujer exactamente igual que ella, con sus pestañas, su perfil de serpiente, su triste avidez por la vida... Deseaba desnudar a jirones el personaje que la vestía y encontrar a la misma mujer que había desnudado... Y la besé. La besé sin que hubiera nada antes de ese beso y no porque yo quisiera, que lo deseaba más que nada, sino porque ella lo quería y así lo hice, como se besaba antes: más despacio, más fuerte, más áspero...

En clase los espejos de la apariencia dejaron todo igual: ella junto al mexicano, yo más seco en la tarima filológica. En cambio, aquellos besos con sabor a cinismo literario y whisky se repitieron constantemente al ritmo de sus deseos y la clandestinidad académica del curso. En el despacho, en mi casa, entre caricias de erizo y besos apasionados, ella me hablaba con calidez de su pasado desgraciado: maltratos, un padre borracho ... yo le leía fragmentos de la novela que estaba escribiendo, le proponía irnos juntos al Este donde allí nadie nos conocía... pero ella mostraba indiferencia y juventud de tífere ante todo. Sus ojos miraban siempre hacia el dolor de su pasado y no hacia un futuro conmigo. En el quicio entre ambos, el presente no era más que un constante desliz que no admitía preguntas y en el que hombres como el mexicano y yo, sólo servíamos para sobrevivir y dar sentido a la juventud.



A mitad de curso, mi cátedra logró invitar a William Faulkner a dictar una serie de conferencias sobre el papel de los personajes en la narrativa. Ella, a la estela de toda la América culta, idolatraba las novelas de este hombre envejecido y acudió a devorar apasionadamente su voz y sus palabras. Varios whiskys y conversaciones me habían hecho trabar una incierta amistad con Faulkner que utilicé para presentarle a mi alumna. Derribada la cortesía del saludo inicial, ella fue detonando minuciosamente los gestos y las pasiones para acercarse matemáticamente al novelista. Quizá leyéndolo había aprendido demasiado bien a no ser una chica guapa más, a citar a Horacio en conversaciones banales, a fulminar sonrisas en pleno debate, a ser muchas ella misma asediando su agrado... Supo hacer a su belleza inteligente en una exposición de arte, elegante en una recepción aburrida, sincera en un paseo por el campus, ardiente en una cena íntima... Parapetada tras cinismo y perfumes, se convirtió en la fiel compañera del premio Nobel a su paso por nuestra universidad con un juego y unas cartas no muy diferentes a las que me daba y había dado y con las que le consentíamos las trampas y el consumo de nuestra dignidad en sus labios.

Su doble juego con él y conmigo llevó a un Faulkner obsesionado a permanecer todo el verano en la universidad y a ella a una tesis dirigida por mí sobre la obra del que en realidad era su amante... Ni que decir tiene que la alargada sombra de un tercero tan insigne fructificó entre nosotros agritando el intimismo de encuentros pasados en que los besos eran suficiente. En aquel tórrido verano ya no lo eran y apestaban demasiado a la frustración alentada por aquel anciano, al que envidiaba tanto como admiraba, y al que odiaba tanto como compadecía.

En este punto, el inestable triángulo amoroso de todas estas historias fatales ya estaba completamente hilado y tensionado por la desconocida autora. Sus tres vértices se atraían y repelían en una pasión escalena destinada por las normas de la geometría posmoderna a dejar de ser triangular mediante un asesinato. Uno de esos vértices debía ser eliminado para que la Literatura tuviese sentido y superara a la realidad, pero... ¿por qué la realidad no puede tener sentido eliminando uno de esos vértices y anulando a la Literatura?

Los que se dicen incapaces de matar mienten, sólo les falta una razón para ello. La mía fue el amor, la de ella resultó ser la venganza. Aquella tarde al entrar en mi despacho su trazo personal también vestía con melancolía y rimel corrido. Vidrio en los ojos, vidrio en las manos, angustia en la garganta... Se derrumbó en un cortante responso de humo y perdones cuyo devenir entre abrazos desembocó en este trueque: el beneplácito de matar a cambio de una fidelidad y un futuro que nunca salió de su boca, pero que di por sentados. Afirmaba que Faulkner la había humillado, vejado, pegado en público y privado con el ruido y la furia de aquel padre que había empañado su adolescencia y su vida. No necesitó prometerme amor para reclamar entre cigarrillos venganza para reconstruir su vida, una tímida venganza caldeada entre los cuchicheos de un plan casi perfecto. Era minucioso, sencillo, efectivo. Parecía que la creatividad que nadie me había dado para escribir una novela era ideal para planear un asesinato: movimientos, gestos, coartadas... El vacío de la biblioteca nos servía para encontrarnos. Cada palabra, cada coma, revólver, un disparo en el pecho, otro en la cabeza y alrededor la discreción raramente rota por un acento europeo tras un despacho. Todo fluía a mi boca con



las palabras que ella requería, las respuestas exactas a sus preguntas con mi timbre, pero su voz y sus pensamientos. Ahora sé que sólo era el asesino que ella necesitaba... ¿Pero quién necesitaba que yo fuera el asesino?

Según dicho plan nos distanciamos. Ella se apegó a Faulkner más que nunca y puso las zancadillas necesarias para coronar a su querido mexicano con los futuros cuernos del chivo expiatorio. En cambio, esa distancia acumuló botellas vacías en mi despacho. Al tibio rescoldo del whisky, el saberme capaz de matar por amor hacía que su imagen se tambaleara tras la perspectiva de un futuro incierto, máxime cuando las manos que han de segar un alma encuentran la Vita nuova bajo una pila de cajetillas vacías y la dejan allí por miedo a leerla. La moral del blanco y negro que me había traído hasta aquí parecía indicar que todo estaba decidido desde siempre y que esa muerte no despejaría el camino, sino que detonaría otra y otra más. Sobre el plan casi perfecto siempre hay otro que sí es perfecto y aleja a la chica del asesino... No podía ganar, me habían elegido por ser y para hacer de un perdedor y ella no era ella, no era quien debía y podía ser, era la tormenta que destruye cuanto la ama y debía ser la templanza que sucede a la tempestad... Calor, noches lentas, horas lentas colgadas del reloj... Todo me alentaba a romper las reglas, a hacernos libres y a hacerla mía matando. Nunca nadie había robado un personaje.

La mañana señalada en nuestro plan amaneció tórrida con todas las piezas encajadas: la facultad desierta, el revólver robado, Faulkner en su despacho, el mexicano citado en su puerta tras el disparo, la denunciante anónima en su cabina, la policía apresurada ante la muerte del gran Nobel americano... que atraviesa el campus, que sube las escaleras,

que entra en su despacho y se lo encuentra escéptico con otro café en la mano.

Un contrato equivocado hacía a mi voz la única del triángulo para hacer y contar otro asesinato llevando la ciega justicia poética a quien merecía la muerte, la única persona que realmente era una persona, la única que deseaba ser una mujer fatal, la única que quería vengarse de un padre violento, la única que hacía un tributo a Faulkner matándolo en su cuento, la única que también deseaba ver muertos a los duros del cine negro, y que no se escondía en un despacho en Europa, no, sino en la biblioteca de la universidad...

Las alarmas no debían ladrar y no ladraron. El bedel no estaría a esa hora y no estuvo. Nadie en el desierto apilar de mesas y libros. La resaca del amanecer en el polvo suspendido. Luz anaranjada y agrio silencio en mis pasos. Estanterías saturadas, libros derramados. Sobre la escalera, la distancia y las puertas que acolcharían los balazos. Nadie en el primer despacho, nadie en el segundo. Ante el cristal traslúcido del tercero, el revólver sudando en las manos. Al abrir la puerta, una máquina de escribir, una silla derribada, el gotear de una copa de whisky... La tinta fresca y reciente, las palabras frescas y recientes, los folios escritos como títeres tiritando... Al volver el rostro, un revólver sigiloso me apuntaba. La autora desconocida me apuntaba. La misma belleza, la misma mirada, la misma elegancia me apuntaban apuntándome con la presencia de quien describe y no es descrito. Otros ojos me apuntaron... Otros ojos me apuntaron para abrir fuego y cerrar sobre mí este cuento romántico.